



FERNANDO EL CATÓLICO

José Luis Cano

© JOSÉ LUIS CANO
© XORDICA EDITORIAL
Diseño y maquetación: Xordica Editorial
Infografía: Pablo Cano Lahoz
Apartado de Correos 1536
50080 ZARAGOZA
Tel: 608 03 39 49
E-mail: xordica@xordica.com

Depósito Legal: Z-30-2005
ISBN: 84-96457-01-X
1ª edición: 5.000 ejemplares

Impreso en INO Reproducciones
Encuadernado en Fontanet S.L.

Presentación

Los historiadores suelen utilizar palabras ampulosas, discursos trascendentales e imágenes solemnes a la hora de hablar de los personajes más ilustres de la historia del pasado. Sin embargo, ese pasado también hay que saber contarlo con sencillez, soltura y facilidad de comunicación. Es lo que José Luis Cano hace en este tratado sobre Fernando el Católico, con una mezcla de realismo e ironía que facilita al lector la comprensión.

Es un buen comienzo para quien se interese por tal personalidad, para luego, si es preciso, pasar a mayores, que para eso se ha escrito tanto sobre don Fernando, segundo rey de Aragón con ese nombre, ya que el primero fue su abuelo, aunque lo de el Católico es más socorrido y convencional.

El autor, que entre otras cosas es artista, ha escrito un texto suficiente que ha ilustrado convenientemente. Se ha documentado para ello y ha aplicado su ingenio a la hora de presentar una narración ágil, atractiva y ajustada a la realidad de los hechos principales de la vida de un rey, ninguneado a veces por la visión castellanista que ha encumbrado a Isabel, tan católica o más que Fernando, hasta pretender santificarla. Las frases al uso del tanto monta, por ejemplo, mal interpretada por cierto, han contribuido, entre otras causas, al empequeñecimiento del rey aragonés.

José Luis siempre ha leído mucho, y también ahora para informarse sobre esta nueva biografía que presenta a continuación con la informalidad formal de un tratamiento para todos los públicos y puede llevar a recordar aquello de que "este no es nuestro Fernando, que nos lo han cambiao (sic)"; pero acaso quienes deben cambiar son los

lectores habituales de libros de historia y sucedáneos, como la novela histórica, para tratar de entender la verdadera dimensión del pasado y lo que representa la tarea del historiador profesional y también la del simple aficionado, pero sin exagerar.

Porque, en definitiva, cualquier descubrimiento científico que sirva para avanzar en salud, bienestar y solidaridad, es infinitamente más importante que el mejor libro de historia escrito por el mejor historiador; aunque también los libros de historia sean necesarios para el conocimiento, el disfrute y la mayor valoración del pensamiento y la acción humana, con sus luces y sombras, sus páginas gloriosas y las que denigran al mismo ser humano por haber salido de dicha condición.

La maestría del autor, que viene ya de una larga experiencia en escribir biografías de aragoneses ilustres, hace posible que en unas cuantas páginas se cuente lo esencial, para el entendimiento de todos y para animar, después, a leer cada vez más y a ignorar cada vez menos. Labor que asume siempre el autor como una misión también humanitaria.

ESTERAN SARASA SÁNCHEZ



A mediados del siglo XV, Europa vivía cambios tremebundos: se terminaba la Edad Media y empezaba la Edad Moderna. Mientras los reyes hacían de su capa un sayo, los señores feudales andaban de capa caída.

La Península Ibérica estaba dividida en cinco reinos: Aragón, Castilla, Grana-

da, Navarra y Portugal. Cada uno de ellos, con sus respectivos reyes y sus respectivos señores feudales.

La Corona de Aragón estaba dividida, a su vez, en los reinos de Aragón, Valencia, Mallorca, Sicilia, Nápoles y el principado de Cataluña. El rey de Aragón era lo único que tenían en común.



Sos

Fernandito nació el 10 de marzo de 1452. Iba a nacer en Sangüesa (Navarra) pero su madre se fue corriendo a Sos para que pudiera ser rey de Aragón.

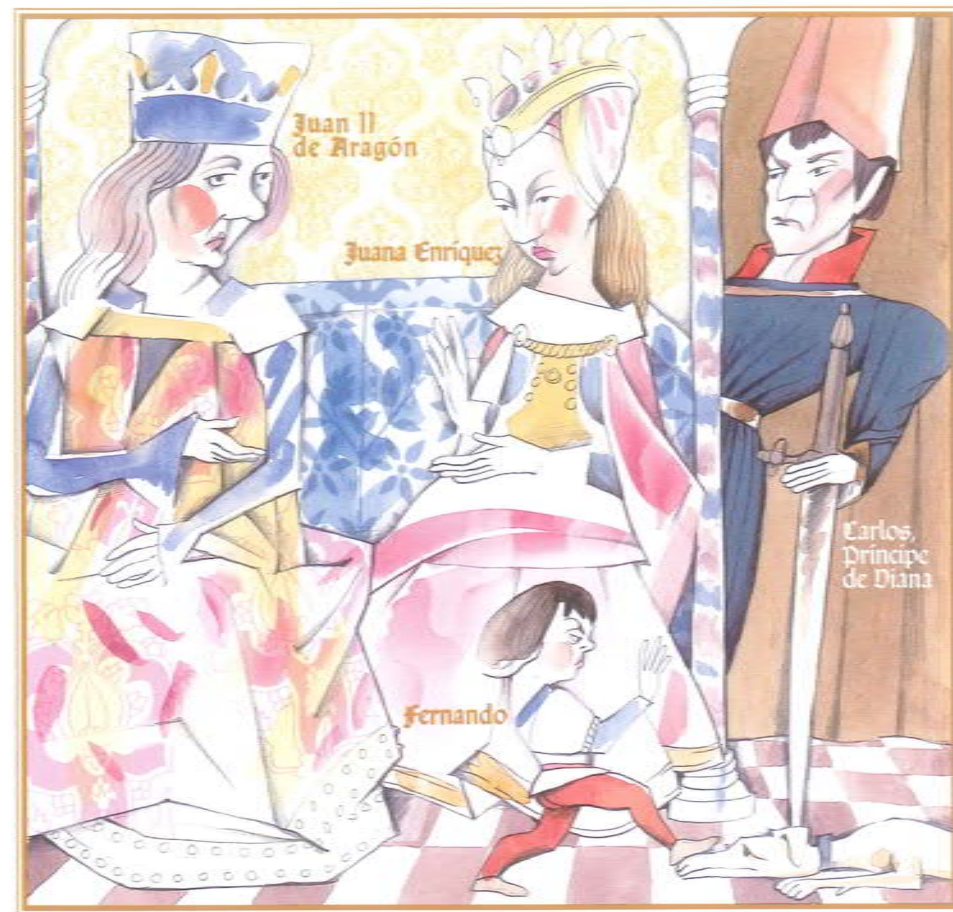
La madre de Fernandito, Juana Enríquez, era hija de don Fadrique, almirante de Castilla. El padre de Fernandito era Juan de Trastámara, hermano del rey Alfonso V de Aragón y viudo de la reina Blanca de Navarra, por lo que se consideraba rey de Navarra. Su hijo Carlos, príncipe de Viana y legítimo heredero al trono, también se consideraba rey de Navarra. Se llevaban fatal.

Fernandito se crió como un príncipe. Desde pequeñín, su lema era: «Tanto monta». O sea, lo mismo da deshacer el nudo Gordiano que cortarlo de un tajo como Alejandro. Qué chiquillo...

Murió Alfonso V de Aragón y su hermano le sucedió en el trono con el nombre de Juan II. Inmediatamente nombró a su hijo Fernandito, que tenía seis años, duque de Montblanc, conde de Ribagorza, señor de Balaguer y heredero del reino.

Su hermanastro Carlos protestó porque era el mayor -treinta y un años mayor, para ser exactos- y los catalanes le dieron la razón y se pusieron de su parte. Juan II, por provocarles, nombró a Fernandito duque de Noto, conde de Augusta y otras zarandajas sicilianas.

Mira por dónde, ese mismo día murió repentinamente el príncipe de Viana y se acabaron las discusiones sucesorias. Ya sólo se discutía sobre si Carlos había sido un mártir o un santo.



Para que se fueran enterando de lo que vale un peine, Juan II nombró a Fernando lugarteniente suyo en Cataluña. Le acompañó la reina Juana, su señora madre, y se hizo cargo de su educación el obispo Margarit.

En aquellos tiempos, había en Barcelona dos bandos enfrentados: la Busca (Viruta) formada por pequeños y medianos artesanos y la Biga (Viga) formada por grandes propietarios.

En el campo estaban enfrentados los remensas (campesinos) y los señores (señores).

A los nobles les hacía gracia lo arduo que era el pequeño lugarteniente, pero estaban muy mosqueados con la madre que lo parió y con el interesado apoyo de la familia real a los remensas y a la Busca.



Tanto llegaron a mosquearse los señores, que la reina y su hijico tuvieron que salir aprisa y corriendo de Barcelona y refugiarse en el castillo de la Força de Gerona, donde fueron cercados a cañonazo limpio por el conde de Pallars que mandaba las tropas del Consell y la Generalitat.

La reina ordenaba a su lugarteniente: «¡Fernandito, ven aquí, que te vas a hacer daño!».

Avisado Juan II del peligro que corría su familia, consiguió que el rey de Francia mandara un ejército a liberarlos. A cambio del favor, los franceses decidieron quedarse con el Rosellón y la Cerdeña.

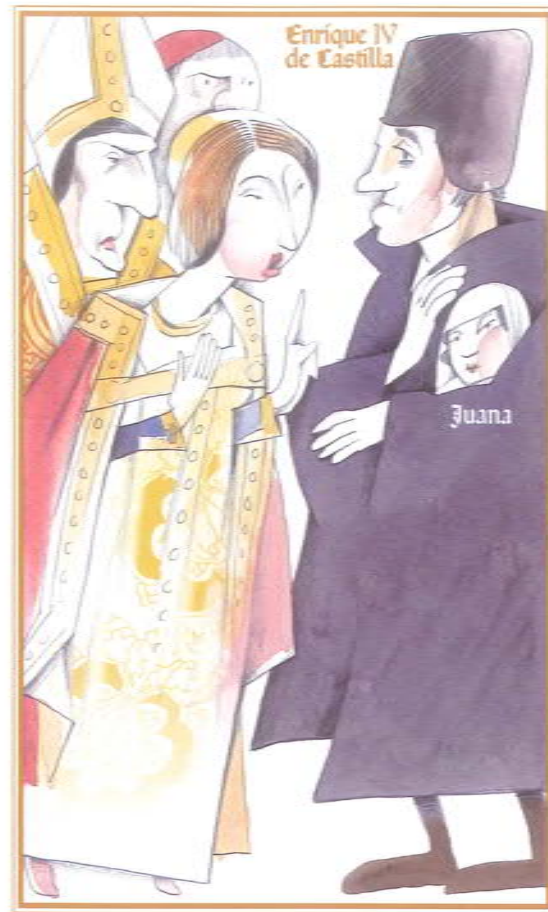
A Juan II le sentó como un tiro pero Fernando y su madre pudieron pasar las navidades en casa y sosegarse un poco.



A los trece años, Fernando, que ya era heredero de la Corona de Aragón y lugarteniente general del rey, se puso al frente de sus tropas y atacó a don Pedro de Portugal que había sido nombrado rey por los catalanes.

Lo derrotó en Prats del Rey. Hizo prisionero al conde de Pallars, recuperó Tortosa y no paró hasta ser derrotado en Vilademat, desde donde tuvo que recular con su padre medio ciego hacia Tarragona. Como las desgracias nunca vienen solas, al poco tiempo murió su madre.

Entonces Juan II nombró a Fernando rey de Sicilia para que fuera mucho más importante, pudiera casarse con Isabel de Castilla y evitara que los castellanos les acorralaran pactando con los catalanes.



El rey de Castilla, Enrique IV, ya tenía bastantes líos en su corte. Su hermanastro Alfonso, que era el heredero al trono, murió repentinamente, mira por dónde, y Enrique nombró heredera a Juana, su única hija.

Algunos señores, sin embargo, querían que la heredera fuera Isabel, hermana de Alfonso, y acusaron a Juana de no ser hija del rey sino de don Beltrán de la Cueva. No se andaban con chiquitas. Tuvieron tanto éxito que Juana pasó a la historia como «La Beltraneja». El mote de Enrique, «El Impotente», le venía de antes de ser padre.

Isabel también tenía más posibilidades de heredar el trono si hacía una buena boda y, de entre todos sus pretendientes, eligió a Fernando, que ya era de la familia.



Cuando Fernando salió de Aragón para casarse, tenía diecisiete años, una novia llamada Aldonza y dos hijos, Alfonso y Juana. Juan II le despidió acongojado por su incierto futuro y por la dote que pedía su nuera.

Fernando viajó de incógnito, disfrazado de palafrenero, para que no le matasen por el camino los hombres de Enrique IV, que se había empeñado en casar a su hermanastra Isabel con el rey de Portugal.

Cuando Fernando y los suyos llegaron a las puertas del Burgo de Osma, los guardas, creyendo que eran malhechores, la emprendieron a pedradas con ellos y casi los descalabran.

El viaje acabó bien pero fue el más raro que hizo Fernando a lo largo de su viajera vida.



Por fin conoció a su novia en Valladolid, no le pareció tan mal como esperaba, festejaron durante una semana y se casaron.

Como eran primos segundos, necesitaban un permiso del Papa que no pudieron conseguir porque Paulo II era partidario de Juana la Beltraneja. El arzobispo Carrillo, que estaba en todo, hizo una licencia falsa y celebró la ceremonia con mucha devoción.

Después, entre que la validez de la boda no estaba nada clara, que el rey Enrique se la tomó como un acto de alta traición y que el arzobispo Carrillo se mosqueó porque aquellos niños no le dejaban mandar todo lo que había planeado, Isabel y Fernando se fueron quedando más solos que la una y pasaron dos años muy malos.



Murió Paulo II y el nuevo Papa, Sixto IV, aconsejado por su amigo Rodrigo de Borja, arzobispo de Valencia, concedió la licencia matrimonial a los príncipes esperando que Fernando le correspondiera emprendiendo la cruzada contra los turcos.

Pero, en aquellos años, Fernando no paraba de ir y venir a Cataluña para ayudar a su padre que, recién operado de cataratas, seguía peleando sin parar con los catalanes y los franceses.

Con la boda legalizada, Isabel podía aspirar al trono de Castilla y los príncipes empezaron a maniobrar para tener aliados poderosos. A Pedro González de Mendoza, por ejemplo, uno de sus principales enemigos, le consiguieron el título de cardenal y cambió de bando en menos que



canta un gallo. Tanto, tanto cambió que, años más tarde, la gente le puso el mote de «tercer rey de Castilla».

Durante un viaje de Fernando a Zaragoza, murió repentinamente Enrique IV, mira por dónde, y a Isabel le faltó tiempo para proclamarse reina y nombrar a su marido rey también, pero menos.

Cuando Fernando se enteró de semejante jugarreta montó en cólera, llegó a Castilla y le echó una bronca a su señora de las de padre y muy señor mío.

La reina tuvo que reconocer a Lregañadientes que el Trastámara de su marido era Fernando V de Castilla con todas las de la ley y firmar la Concordia de Segovia para dejarlo más o menos claro por escrito.



Pero, poco después, Alfonso V de Portugal se casó en Plasencia con su sobrina, Juana la Beltraneja, y también se proclamó rey de Castilla.

Ante tamaña provocación, Fernando intentó echarlo del reino pero no logró sacarlo ni de Zamora. Entonces le mandó un cartel dudando de los derechos sucesorios de la Beltraneja y Alfonso le contestó del mismo modo. Estuvieron mandándose carteles hasta que se aburrieron de tanto chismorreo. Isabel echaba chispas. Fernando ya no sabía cómo darle gusto.

Los portugueses resistieron un tiempo atrincherados en las ciudades conquistadas hasta que empezaron a agobiarse. Nada más salir a campo abierto, fueron derrotados por el rey Fernando.



Acabada la guerra de sucesión con la firma del Tratado de Alcaçovas y con la Beltraneja encerrada en un convento, los reyes comenzaron a cambiar su reino de arriba abajo.

Castilla, tras la guerra, estaba hecha unos zorros. Fernando decidió que era preciso ser absolutamente moderno. Tenía pocas ideas originales pero mucha capacidad de gestión. Igual que su señora.

Así que dejaron de discutir por tontadas y proclamaron a los cuatro vientos que ellos eran los únicos que mandaban en Castilla. Parecía que la Corona se les hubiera subido a la cabeza. Eran bastante austeros en la intimidad pero en los actos oficiales hacían de reyes con un tronío que daba gusto verlos. O miedo, según.



Para que el reino funcionase, quitaron de los puestos de responsabilidad a los nobles, que eran un desastre, y buscaron letrados en las universidades.

Los nobles no se fiaban ni un pelo de los reyes, pero se tranquilizaron bastante cuando vieron que les quitaban algún poder político pero les respetaban muchísimos privilegios económicos. Rápidamente enviaron a sus hijos a la universidad y fueron recuperando los puestos perdidos.

Algo parecido sucedió con los señores de la Iglesia. Los reyes consiguieron intervenir en el nombramiento de los obispos y en la reforma de los conventos. A cambio de que ellos se metieran en los asuntos de la Iglesia, la Iglesia se metió más, si cabe, en los asuntos del Estado.



Reformaron las leyes para que la Justicia, una de sus obsesiones, funcionara mejor. No lo consiguieron del todo pero el pueblo prefería la justicia de los reyes, que estaban lejos, a la de los señores, que estaban cerca.

Crearon la Santa Hermandad, una especie de guardia rural que acabó con los bandoleros que asolaban las aldeas y los caminos. La Hermandad, en un momento dado, podía convertirse en el ejército real.

Se creó el cuerpo de corregidores que, como su propio nombre indica, corregía a los regidores de las ciudades para que hicieran lo que se les mandara.

Aumentaron los poderes del Consejo Real y de los secretarios reales después de nombrar amigos de su confianza.



Y eliminaron tantos poderes de las Cortes que sólo las reunieron cinco veces en todo su reinado.

En los asuntos económicos, como los mayores ingresos procedían de la exportación de lana, los reyes apoyaron a la Mesta, que defendía los intereses de los grandes ganaderos, y fueron los campesinos, una vez más, los que pagaron el pato.

Pusieron orden en el cobro de los impuestos, quitando a los señores los que correspondía cobrar a los reyes, y crearon otros nuevos evitando que las Cortes tuvieran que aprobarlos.

Organizaron además un sistema muy eficaz de propaganda para que todos conocieran y celebrasen sus victorias e ignorasen sus fracasos y derrotas.



«Si esto no es modernidad, que Svenga Dios y lo vea», decía el rey sin parar de hacer cosas como un descosido.

Los reyes, además, se dedicaban a tener hijos, que es la tarea más importante para una monarquía por muy moderna que sea.

Primero tuvieron una niña a la que llamaron Isabel, como su madre y su abuela materna; al segundo le llamaron Juan, como sus dos abuelos, Juan II de Aragón y Juan II de Castilla; a la tercera, Juana, como su abuela paterna; a la cuarta, María, como la Virgen, y a la quinta, Catalina.

El Rey tuvo dos hijas con otra señora y a las dos les puso María y las metió en un convento. Se conoce que al pobre no le daba la cabeza para más.

El mismo año que nació Juana, Emurió su abuelo Juan en Barcelona y Fernando organizó unos funerales por todo lo alto, con multitud de procesiones, misas y «performances» de las que tanto gustan a los catalanes, aunque él las montara para fastidiarles y vengar la memoria de su difunto padre.

Tres semanas más tarde, Juan II era enterrado en el monasterio de Poblet y su hijo se convertía en Fernando II de Aragón.

Isabel y Fernando ya eran reyes de Castilla y Aragón. No se les ocurrió unificar los dos reinos porque era casi imposible. Los castellanos eran muy suyos y los aragoneses, también. Durante todo su reinado, pues, Castilla siguió siendo Castilla y Aragón siguió siendo Aragón.



Las Cortes de Aragón se llenaban la boca con la defensa de las libertades del reino, de las que hablaban maravillas, aunque en realidad sólo defendían los privilegios de los "cuatro brazos" representados en ellas: alto clero, ricos hombres, caballeros e infanzones y burgueses.

A Fernando, que ya pensaba a lo grande, en plan globalización, aquellos señores le parecían más de pueblo que la remolacha. Intentó sacarles las pocas perras que quedaban en Aragón para sus grandes proyectos, pero los muy tozudos no se dejaban convencer.

Fernando, para controlarles un poco, nombró a su hijo Alfonso de Aragón, que tenía 10 años, arzobispo de Zaragoza. A su hija, Juana de Aragón, consiguió casarla con el condestable de Castilla.

Los reyes, para unificar sus reinos de alguna forma, decidieron implantar el pensamiento único. Así que, si hasta entonces habían convivido medianamente bien judíos, moros y cristianos, a partir de ahora sólo habría católicos como Dios manda.

Primero crearon la Inquisición para acabar con los judíos convertidos al cristianismo que seguían siendo judíos a escondidas. Más tarde, la Inquisición se ocupó también de los protestantes, los pseudomísticos, las brujas, los bigamos, los sacerdotes licenciosos, los homosexuales y los blasfemos.

La Inquisición procuraba por todos los medios que el hereje confesase su culpa. Los más herejes eran enviados a la hoguera. Si se arrepentían, se les estrangula-



ba antes; si no, se les quemaba vivos. Mientras los verdugos del poder civil ejecutaban a los condenados, los inquisidores confiscaban todos sus bienes. Gracias a la Santa Inquisición, Castilla se convirtió en un país aterrorizado, lleno de espías y chivatos.

Los reyes decidieron, además, que había que conquistar el reino de Granada a los moros y expulsar a los judíos de sus reinos. Fue todo un éxito.

A los nobles les entusiasmaba la posibilidad de repartirse el botín de guerra y el pueblo, por su parte, odiaba a todos los judíos porque algunos eran recaudadores de impuestos y algunos otros, ricos, ostentosos e impertinentes. También decían las malas lenguas que los judíos crucificaban niños cristianos en sus ratos libres.



Mientras Isabel y Fernando hacían sus planes, el emir de Granada ocupó por sorpresa la ciudad cristiana de Zahara. Fernando consiguió liberarla pero al acercarse a Loja sufrió una derrota descomunal.

Se retiró muy mohíno, pensando que de nada le valía modernizar sus reinos si no modernizaba también sus ejércitos. Así que incrementó el presupuesto militar una burrada y planeó otra estrategia más eficaz.

Durante los años siguientes, sitiaba una ciudad en primavera con un ejército de operarios que quemaba los campos, talaba los árboles y derribaba los molinos. El rey esperaba sentado a que se rindiese por hambre y antes del otoño podía volver a pasar las navidades en familia.

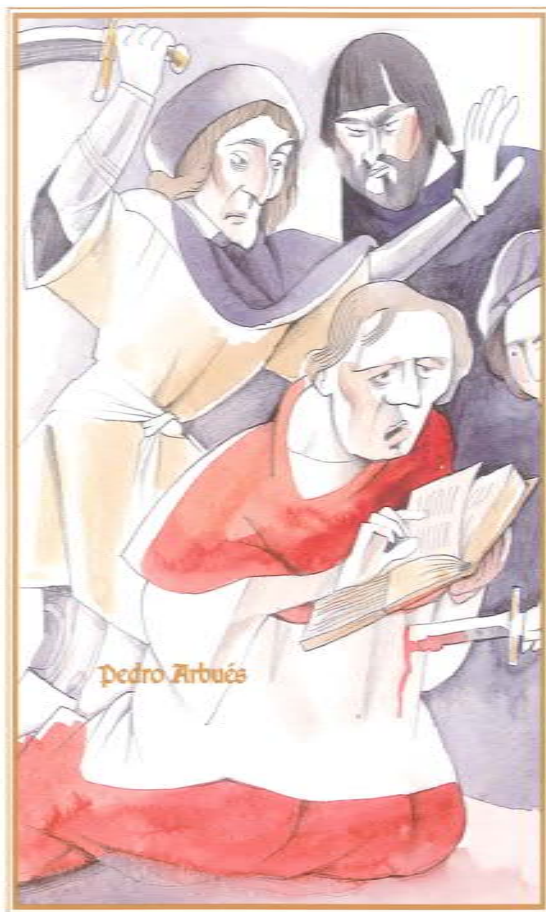
Fernando andaba tan ocupado con la guerra, que intentó resolver los problemas de Cataluña convocando Cortes generales en Tarazona. Los catalanes, claro, ni acudieron, los valencianos mandaron cuatro gatos y los aragoneses estuvieron más somardas que de costumbre.

La reina Isabel, al borde de un ataque de nervios, se marchó a la guerra dando un portazo. Detrás salió el rey con muy malas pulgas y decidido a implantar la Inquisición en Aragón.

Los señores aragoneses, que ya tenían su propia inquisición eclesiástica hacía muchos años, pusieron el grito en el cielo. Y los conversos, ni te cuento. Unos y otros hicieron todo lo posible por evitar semejante desafuero sin conseguirlo.



El inquisidor Torquemada



Pedro Arbués

A sí que, un grupito de exaltados, sin encomendarse a Dios ni al Diablo, entró en la Seo de Zaragoza y mató al inquisidor Pedro Arbués, a pesar de que llevaba cota de malla para rezar.

Pero a los asesinos, mira por dónde, les salió el tiro por la culata, porque al pueblo le pareció que aquello era un sacrilegio imperdonable y arremetió contra la judería y la morería como si todo hubiese estado preparado.

Por si fuera poco, se dijo que al enterrar al inquisidor empezó a brotar sangre de la tumba y que los fieles se abalanzaban sobre ella gritando «¡Milagro, milagro!».

Detenidos los culpables, se les juzgó, se les condenó y se les ejecutó a lo bestia. Sus manos quedaron clavadas en la puerta de la Seo para escarmiento de todos.



El pueblo de Teruel, con sus autoridades al frente, impidió que el tribunal de la Inquisición entrara en la ciudad, exponiéndole al rey las dudas jurídicas que tenían. La Inquisición se retiró a Cella haciéndose la víctima.

El rey, harto de que los turolenses respondieran a sus amenazas con argumentos serios, ordenó al ejército castellano que marchase sobre la ciudad. Los turolenses decidieron rendirse para que sus tataranietos pudieran decir que Teruel existe.

Los inquisidores empezaron a trabajar inmediatamente para recuperar el tiempo perdido. Detuvieron a los cabecillas de la revuelta y, para demostrarles que no les guardaban rencor, los estrangularon antes de quemarlos en la hoguera.



En Cataluña, los remensas, aburridos de reclamar sus derechos, se sublevaron contra los señores y se echaron al monte. Cuando los señores comprobaron en sus carnes que sería imposible vencerles por la fuerza, decidieron llamar al rey para que convenciera a los rebeldes de que la violencia no soluciona nada.

El rey, mediante la sentencia de Guadalupe, suprimió algunos de los «malos usos» de los señores y dio un escarmiento ejemplar a los remensas firmando setenta y dos penas de muerte que al final se quedaron en doce.

Después les mandó la Inquisición a unos y otros. Como se resistían y Barcelona, claro, no era Teruel, ordenó a las autoridades eclesiásticas que se las apañasen para imponerla legalmente.



Fernando volvió rápidamente a la guerra de Granada para dirigir personalmente la toma de Málaga, que también se resistía más de lo previsto. No perdonó a los malagueños que le hicieran perder el tiempo de esa forma y tras conquistar la ciudad, vendió a los ocho mil supervivientes como esclavos y esclavas. Al Papa le regaló cien.

Después se fue a Zaragoza y se hizo con el control municipal en un periquete.

Fundó, además, la Santa Hermandad aragonesa y el Consejo Supremo de Aragón para poder controlar el reino sin necesidad de moverse de Castilla.

Y consiguió, por fin, que los aragoneses ayudaran a sufragar, poniendo buena cara, sus descomunales gastos militares.



Boabdil

Tras diez años de guerra, los reyes ya tenían ganas de acabar para irse a otra. Y las ochenta mil mulas que transportaban el material de campaña, también.

Cayó prisionero Boabdil, hijo del emir de Granada, y los reyes decidieron liberarlo tras pactar con él la rendición de la ciudad. Pero en cuanto Boabdil se vio libre, se hizo el sueco.

Volvieron a pillarlo por segunda vez y pactó con más interés que la primera; entre otras cosas porque se llevaba fatal con el nuevo emir, su tío Ibn Sad, el Zagal, y estaba deseando traicionarle.

Por fin, el 2 de enero de 1492, se pudo escenificar la rendición de Granada tal como habían pactado las dos partes: El rey Fernando salió de su campamento seguido

por la reina y la corte en pleno con mucho ringorrango.

Al mismo tiempo, salió de la ciudad una procesión de prisioneros cristianos, cantando a la Virgen y llorando como Magdalenas.

Detrás iba Boabdil, con todo su séquito, llevando las llaves de la ciudad. Boabdil hizo como que se bajaba del caballo para que el rey se lo impidiera de buen rollito. Se izaron los pendones de Castilla y la cruz del cardenal Mendoza en la torre más alta de la Alhambra y volvieron a cantar y a rezar todos juntos.

La guerra había terminado, la Alhambra se mantenía intacta, los reyes estaban más contentos que unas castañuelas y Boabdil se fue llorando como una mujer a vivir como un señor.





fray Fernando
de Talavera

Los reyes nombraron virrey de Granada al conde de Tendilla y encargaron a Fernando de Zafra que reorganizara el cotarro. La verdad es que no tuvo que romperse la cabeza: los cristianos se quedaron las ciudades y mandaron a los moros al campo. Luego llegaron de Murcia los colonos cristianos y las cosas se complicaron un poco.

El confesor de la reina, el buen fray Hernando de Talavera, se quedó en Granada para predicar el evangelio a los musulmanes y la reina se buscó un nuevo confesor llamado Cisneros.

Los reyes se portaron muy bien con los moros de Granada y estuvieron muy generosos a la hora de hacerles promesas que luego, mira por dónde, se olvidaron de cumplir.



Acabado el problema granadino, los reyes pasaron a ocuparse de los judíos. No era justo que la Inquisición persiguiera a los judíos conversos y los judíos-judíos vivieran tan ricamente. Así que se dedicaron a hacerles la vida imposible obligándoles a llevar una rodela cosida en la ropa, a vivir dentro de las juderías o a escuchar sermones sobre la caridad cristiana.

Cansados de atosigarles, les dieron a elegir: o se bautizaban o se largaban. Más adelante, ya se encargaría la Santa Inquisición de los que se bautizasen.

Como sólo les dieron cuatro meses para marchar y no podían llevarse muchas cosas, tuvieron que malvender todo por cuatro perras y cristiano hubo que ese verano hizo su agosto.



Cristóbal Colón

La Península Ibérica se quedaba pequeña para aquellos reyes tan emprendedores. Aragón extendía su poder por el Mediterráneo y Castilla y Portugal se disputaban el Atlántico, que también se les quedaba pequeño.

Los portugueses ya estaban intentando llegar a las Indias por el cabo de Buena Esperanza.

Colón pretendía adelantarseles cruzando por el Atlántico. Colón sabía mucho más de lo que contaba habitualmente, pero se murió sin enterarse de que América estaba justo en medio de su ruta.

Recomendado por los monjes de la Rábida, convenció a los reyes de que su proyecto podía ser un buen negocio y de que podrían bautizar, además, a un montón de chinitos.

Colón le sacó un millón al converso Santángel, contrató a los hermanos Pinzón, que eran unos marineros, fletó tres barcos, la Santa María, la Pinta y la Niña, y con una tripulación de 87 hombres se hizo a la mar desde el puerto de Palos.

A los dos meses de viaje se amotinó la tripulación y mientras Colón, en la madrugada del 12 de octubre, lo veía todo negro, el vigía Rodrigo de Triana lo vio muy claro y gritó como un vocera: «¡Tierra!». Tras cantar la Salve, desembarcaron en una isla y la llamaron San Salvador.

Después descubrieron La Española, se les hundió la Santa María, hicieron un fortín con sus restos, se quedaron de guardia los más valientes y el resto emprendió el viaje de vuelta.





Tras despedirse de Colón, Fernando volvió a Zaragoza porque le pillaba de paso para ir a Cataluña. Pese a lo poco que visitaba su reino, se estaba haciendo un salón del trono en el palacio de la Aljafería que quitaba el hipo.

Legó a Barcelona tras visitar las obras y allí un payés, a la salida de palacio, le pegó una cuchillada en el pescuezo que casi lo mata.

Todos pensaron que se trataba de un complot asesino pero, sometido a tortura, el terrorista demostró que estaba más loco que una cabra.

Sin embargo, la reina, que era un poco sota, ordenó que lo ejecutaran como a un verdadero traidor arrancándole el corazón por la espalda. Al rey le pareció que se había pasado.



Ese mismo año de 1492, Nebrija acababa de publicar la primera gramática castellana. Era una cosa tan moderna que la reina preguntó como una niña pequeña: «¿Para qué sirve?».

En Castilla estaban de moda las nuevas ideas renacentistas que llegaban de Italia. Los más cultos empezaron a pensar por su cuenta y riesgo. Desde 1468 se abrían imprentas por todos lados. Hubo nobles guerreros como Jorge Manrique que no pasaron a la historia por sus hazañas sino por sus «Coplas». Y conversos, como Fernando de Rojas, que triunfaron con libros tan malditos como «La Celestina».

Hasta que se mosqueó la Inquisición con tanta imprenta y tanta idea nueva y empezó a quemar los libros a paladas.

Durante el reinado de Isabel y Fernando se desarrolló un estilo artístico muy original llamado 'plateresco', porque la ornamentación de los edificios recordaba el trabajo de los plateros.

En el estilo plateresco cabían todos los estilos de la época: el renacimiento italiano, el gótico del norte, el árabe del sur... todo bien revuelto, entrelazado y armonizado de mil formas distintas. Aquellos artistas se entusiasmaban con el eclecticismo y padecían «horror vacui».

La ampliación del palacio de la Aljafería, por ejemplo, es un buen ejemplo de todo esto.

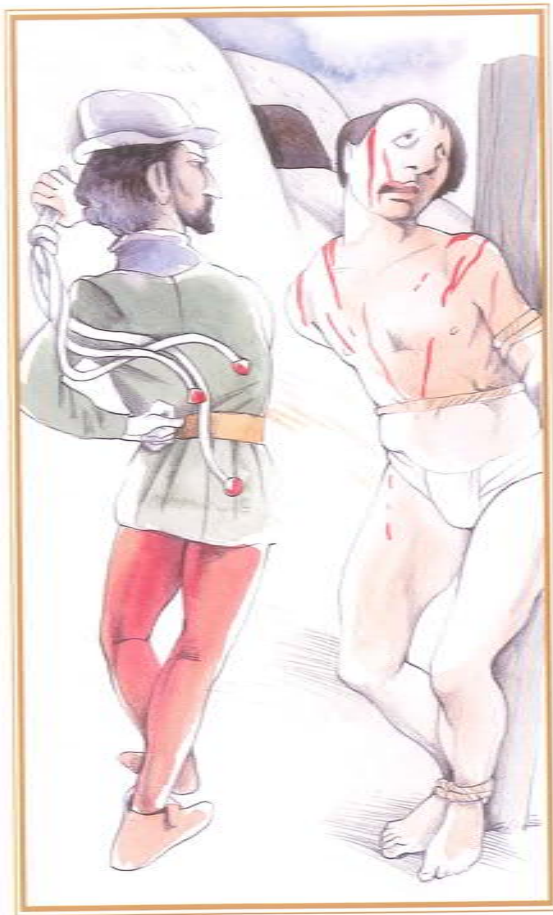
Como el cardenal Mendoza fue el principal impulsor del estilo plateresco, el cardenal Cisneros, por no ser menos, impulsó su propio estilico.



Los reyes recibieron en Barcelona a Colón, que volvía de viaje y traía regalitos: unos indios, varios loros, algunas perlas y zarietes de oro. A los reyes les pareció todo muy chocante pero un poco pobre para lo que habían invertido.

Colón, que tenía mucha labia, les prometió que la cosa no había hecho nada más que empezar y volvieron a creerle.

En cuanto el papa Alejandro VI, su viejo amigo Rodrigo de Borja, les dio permiso para quedarse con todo lo que encontraran a su paso, organizaron un segundo viaje para conquistar y evangelizar lo que fueran descubriendo. Esta vez formaban la expedición diecisiete barcos y más de mil hombres, sin contar los mulos, puercos y becerros.



Los conquistadores se pasaron siete pueblos. En veinticinco años se extinguieron los indios caribes y taínos. Unos por enfermedad; otros, reventados de trabajar y muchos más porque prefirieron suicidarse en masa a llevar una vida de esclavos.

Los reyes hicieron leyes a favor de los indios pero, cuando los conquistadores recibían sus ordenanzas, respondían muy chulos: «Se acata pero no se cumple», y se quedaban tan panchos.

Algunos clérigos empezaron a dudar del derecho a esclavizar a otros pueblos por muy salvajes que fueran, pero pronto aparecieron teólogos dispuestos a justificar cualquier animalada.

En 1503 se creó la Casa de Contratación que regulaba el negocio de las Indias.



Los portugueses, que habían lido los amos del Atlántico desde el Tratado de Alcaçovas, se empezaron a mosquear con tanto negocio y tanta conquista.

El Papa Alejandro VI decidió reunir a unos y otros en Tordesillas para que se repartieran el mundo como buenos hermanos.

Así que, cogieron un mapa-mundi y tras mucho discutir de que si un poco más para aquí o un poco más para allá, trazaron una línea recta de polo a polo por el meridiano 46 y decidieron que todo lo que quedaba al Oeste era de los españoles (América) y todo lo que quedaba al Este, de los portugueses (África. Y Brasil, que no se había descubierto todavía. No se sabe si los portugueses ya conocían su existencia o les tocó por chiripa).



Carlos VIII
de Francia

Por otra parte, Fernando vivía obsesionado con recuperar los territorios que los franceses le habían quitado a su padre y firmó con Carlos VIII de Francia el Pacto de Barcelona.

Carlos VIII le cedía el Rosellón a cambio de que Fernando no atacase Francia. Mientras tanto, el muy traidor preparaba en secreto la conquista de Nápoles.

Fernando, que no se chupaba el dedo, se comprometió a no atacar a Francia si no se lo pedía el Papa. Porque si los franceses atacaban Nápoles, tendrían que invadir las tierras del Papa y éste le llamaría en su ayuda.

A pesar de todo, Fernando y la corte se fueron de excursión a Perpiñán para celebrar el dichoso Pacto y volvieron más contentos que unas pascuas.



Gonzalo Fernández de Córdoba

Carlos VIII invadió Nápoles como tenía previsto y Fernando organizó otra «performance» para romper en pedazos el Pacto de Barcelona que acababa de firmar. Fue muy aplaudido.

El Papa, para defenderse, creó la Liga Santa con el emperador Maximiliano, el duque de Milán, la señoría de Venecia y los reyes de Castilla y Aragón.

Isabel y Fernando enviaron al frente de sus tropas al capitán Gonzalo Fernández de Córdoba. En el cerco de Atella, Fernández se comportó como un auténtico genio militar y empezaron a llamarle «el Gran Capitán». Según algunos cronistas, el mote debió de ser cosa de los franceses porque no era normal que los soldados españoles fueran tan pelotilleros con sus jefes.



Mientras el Gran Capitán ganaba batallas en Italia, los franceses las ganaban en Cataluña y hubo que firmar una tregua.

Alejandro VI, agradecido por los servicios prestados, concedió a Isabel y Fernando el título de Reyes Católicos.

Los reyes, muy ufanos, empezaron a rodear a los franceses con las bodas reales de sus cinco hijos. Veamos cómo.

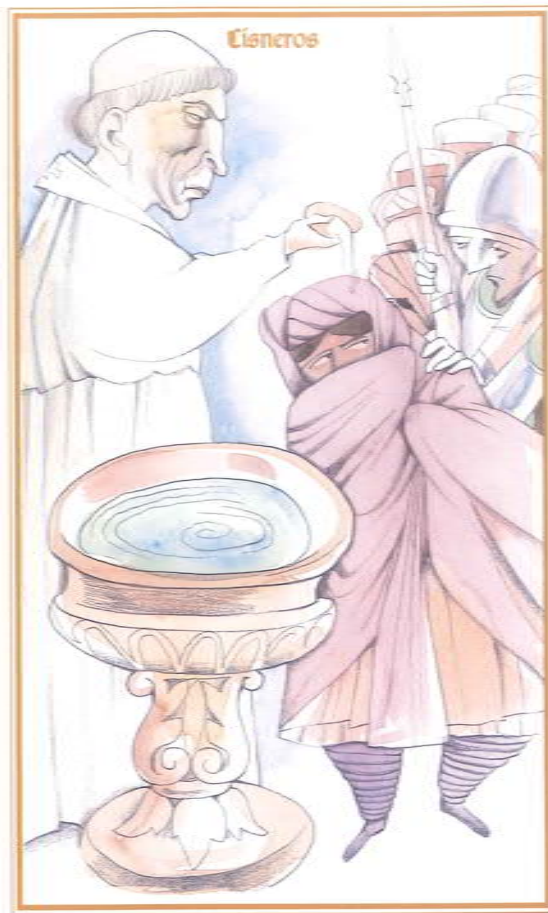
Casaron a Isabel con el príncipe Alfonso de Portugal, que murió muy pronto. Volvieron a casarla con su cuñado, el rey Manuel I, aunque ella puso como condición que primero expulsara a los judíos de su reino. Tras la muerte de Isabel por sobrepeso, casaron a su hermana María con el pobre viudo, al que empezaban a llamar Manuel I, el Afortunado.



Casaron a Juan con Margarita de Borgoña y quisieron casar a Juana con Febo, rey de Navarra, pero al final la casaron con Felipe el Hermoso. Felipe el Hermoso y Margarita de Austria eran hijos del emperador Maximiliano.

A Catalina de Aragón, la pequeña de la familia, la casaron con Arturo, príncipe de Gales. Como el príncipe murió muy pronto, volvieron a casarla con su cuñado, el futuro Enrique VIII de Inglaterra, que se divorció de ella tras enrollarse con Ana Bolena.

Años más tarde, Carlos, hijo de Felipe y Juana, e Isabel, hija de Manuel y María, se casaron y tuvieron un hijo al que llamaron Felipe II. Pero esa ya es otra historia, aunque siga siendo la de esta familia tan apañadica.



Los Reyes Católicos visitaron Granada y volvieron escandalizados de que siguiera llena de moros. Mandaron a Cisneros a solucionarlo y el hombre, nada más llegar, quemó el Corán en la plaza mayor y mandó a la cárcel a todo el que no se quiso bautizar.

Con semejantes modales, los moros se convertían en un santiamén. Pero además de católicos se hacían rencorosos y en cuanto pudieron empezaron a degollar cristianos desde el Albaicín a las Alpujarras. Cisneros huyó de Granada y volvió con un ejército que aplastó la revuelta todas las veces que hizo falta.

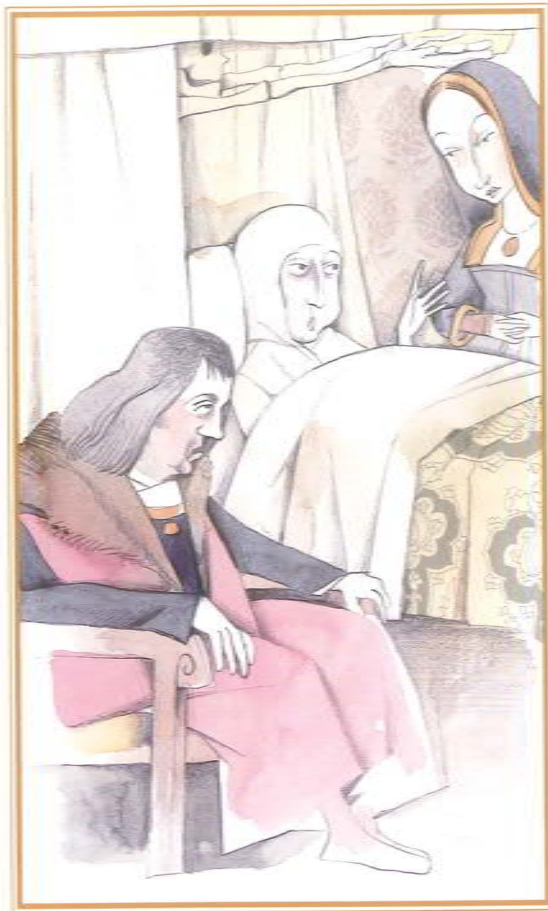
Una vez derrotados, les dio a elegir: o se bautizaban o se iban. Muchos se bautizaron y siguieron siendo musulmanes como si no hubiese pasado nada.



Mientras tanto, Luis XII de Francia y el rey Fernando firmaron la Paz de Marcoussis y el Tratado de Granada para repartirse el reino de Nápoles y darse tiempo a preparar otra guerra.

Francia atacó con un ejército numerosísimo y el Gran Capitán optó por resistir como un jabato en Barletta. En cuanto recibió refuerzos, contraatacó con estrategias muy modernas, utilizando espías, guerrilleros y los famosos «tercios», que acababa de inventar, compuestos de lanzas, picas y arcabuces.

Derrotó a un ejército francés en la batalla de Ceriñola y a otro en la de Garellano. Los franceses, con la moral por los suelos, le entregaron la plaza de Gaeta que era la única que les quedaba en Nápoles.



De golpe y porrazo, empezaron a llegar las desgracias. En Flandes, Felipe el Hermoso volvía loco de celos a su esposa Juana. Viajaron los dos a Castilla y a Felipe, que pensaba cazar jirafas, le pareció un país tan horroroso que se volvió al suyo corriendo.

En 1497, el príncipe Juan, el heredero, murió agotado por la fogosa Margarita a pesar de las sopas de tortuga que se zampaba.

La reina Isabel iba de soponcio en soponcio. En poco tiempo murieron su hija Isabel, su nieto Miguel y su hijo Juan. La pobre también murió en 1504 tras nombrar reina de Castilla a Juana y regente a Fernando, pues ya temía que la hija se fuese de chaveta.

Fernando se siguió considerando rey de Castilla y su yerno, Felipe el Hermoso, también.



Los nobles castellanos estaban hasta la coronilla del rey Fernando y uno tras otro le traicionaron para apoyar a Felipe, calculando que con él podrían recuperar el poder que habían perdido. A pesar de todo, tuvieron que reconocer a regañadientes que Fernando era regente de Castilla, tal como había testado la reina.

Fernando se enteró de que Felipe, además, conspiraba con Luis XII de Francia y decidió charlarle los planes pidiendo al rey francés la mano de su sobrina Germana de Foix. Luis XII accedió encantado porque no acababa de fiarse de Felipe y le divertía el lío que estaba organizando su futuro sobrino político.

La reina Juana, entre tanto tejemaneje, estaba a punto de volverse loca.



Así que Fernando, a los cincuenta y tres años, se casó con Germana, que tenía dieciséis, prometiéndole como dote la mitad del reino de Nápoles para tener contento a tito Luis.

A pesar de que la boda sentó muy mal en Castilla, Fernando intentó alcanzar un último acuerdo con Felipe en las campas de Remesal. Allí se encontró rodeado por todos los traidores, armados con sus corazas ocultas bajo la ropa: «Os veo más gordos», les dijo como despedida, dándose por vencido.

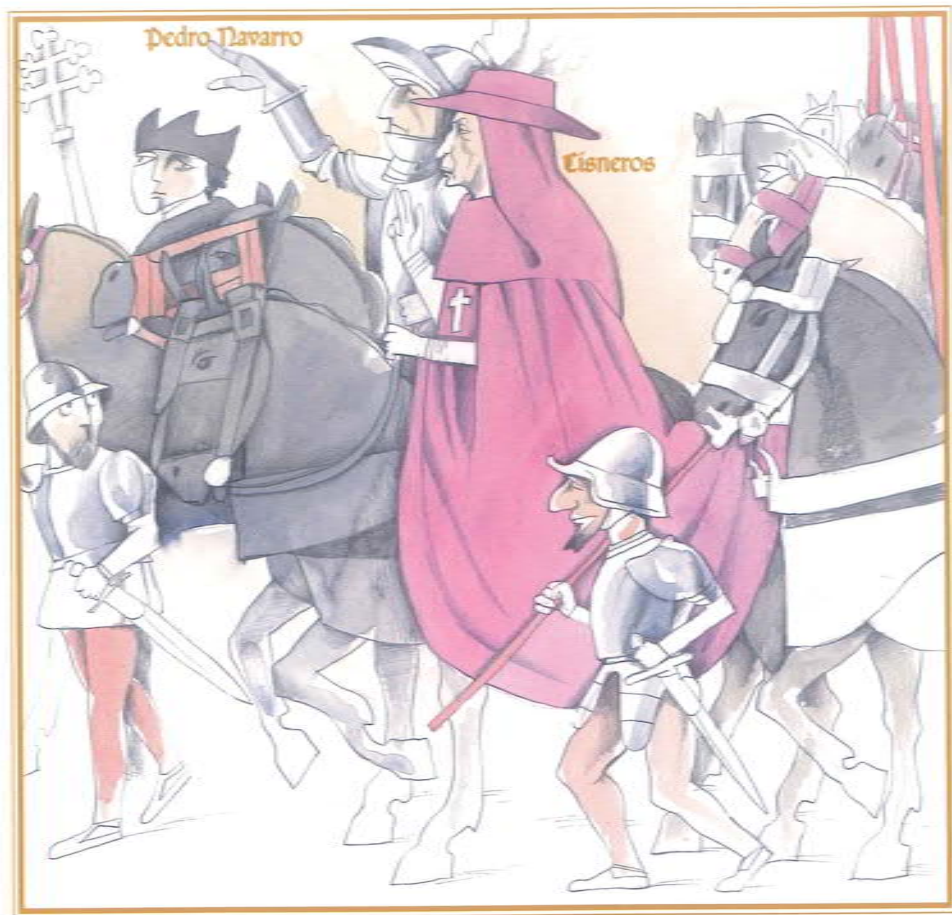
Se fue con Germana de crucero por el Mediterráneo y aprovechó para desembarcar triunfalmente en Italia como Fernando III de Nápoles. Nombró virrey al Gran Capitán y luego se arrepintió porque era un poco celosete.



Pero, mira por dónde, poco antes había muerto repentinamente Felipe el Hermoso y la pobre Juana se puso como loca. El trono le venía grande y casi no podía reinar abrazada todo el día al féretro de su marido.

Por si fuera poco, Castilla estaba siendo asolada por la peste. Cisneros y Juana decidieron llamar urgentemente a Fernando.

El rey se hizo el remolón durante un año entero antes de volver en plan victorioso y con el capelo cardenalicio para Cisneros bajo el brazo. Algunos nobles se atrevieron a plantarle cara. Fernando mandó ejecutar a los más pobres y arruinó a multas a los ricos. Ocupó el trono y mandó encerrar a su hija, la reina, con la excusa de que estaba loca, en el castillo de Tordesillas.



Mientras tanto, en Italia, el papa Julio II formó la Liga de Cambrai con Francia y España para recuperar las tierras que le habían quitado los venecianos. La Liga consiguió derrotar a Venecia en la batalla de Agradello.

Fernando aprovechó las gestiones diplomáticas para explicar a unos y otros que no debían perder el tiempo luchando entre cristianos sino unirse para atacar a los turcos. Fernando, que se apuntaba a un bombardeo, parece que estaba decidido a encabezar la cruzada y conquistar Jerusalén.

Aconsejado por Cisneros, decidió empezar por el norte de África para poder controlar el Mediterráneo y acabar con los piratas berberiscos que atacaban los barcos mercantes y las costas andaluzas y levantinas.

Así que ocuparon Mazalquivir y desde allí organizaron la toma de Orán. El cardinal Cisneros quería derrotar al Islam y el capitán Pedro Navarro pensaba saquear la ciudad.

Tomaron Orán, Bugía, Trípoli y, ya puestos, se acercaron hasta la isla Gelves, en el golfo de Túnez. Llegaron muertos de sed y los piratas, que les esperaban escondidos tras el pozo, hicieron una escabechina feroz.

Fernando juró a todos sus aliados que él mismo dirigiría la conquista de Túnez. Después de vitorearle como locos, se fue cada uno a sus cosas y le dejaron más solo que la una. Fernando decidió tomárselo con filosofía.

Por aquellas fechas, murió su hijo Juan a las pocas horas de nacer. Fue una pena muy grande.

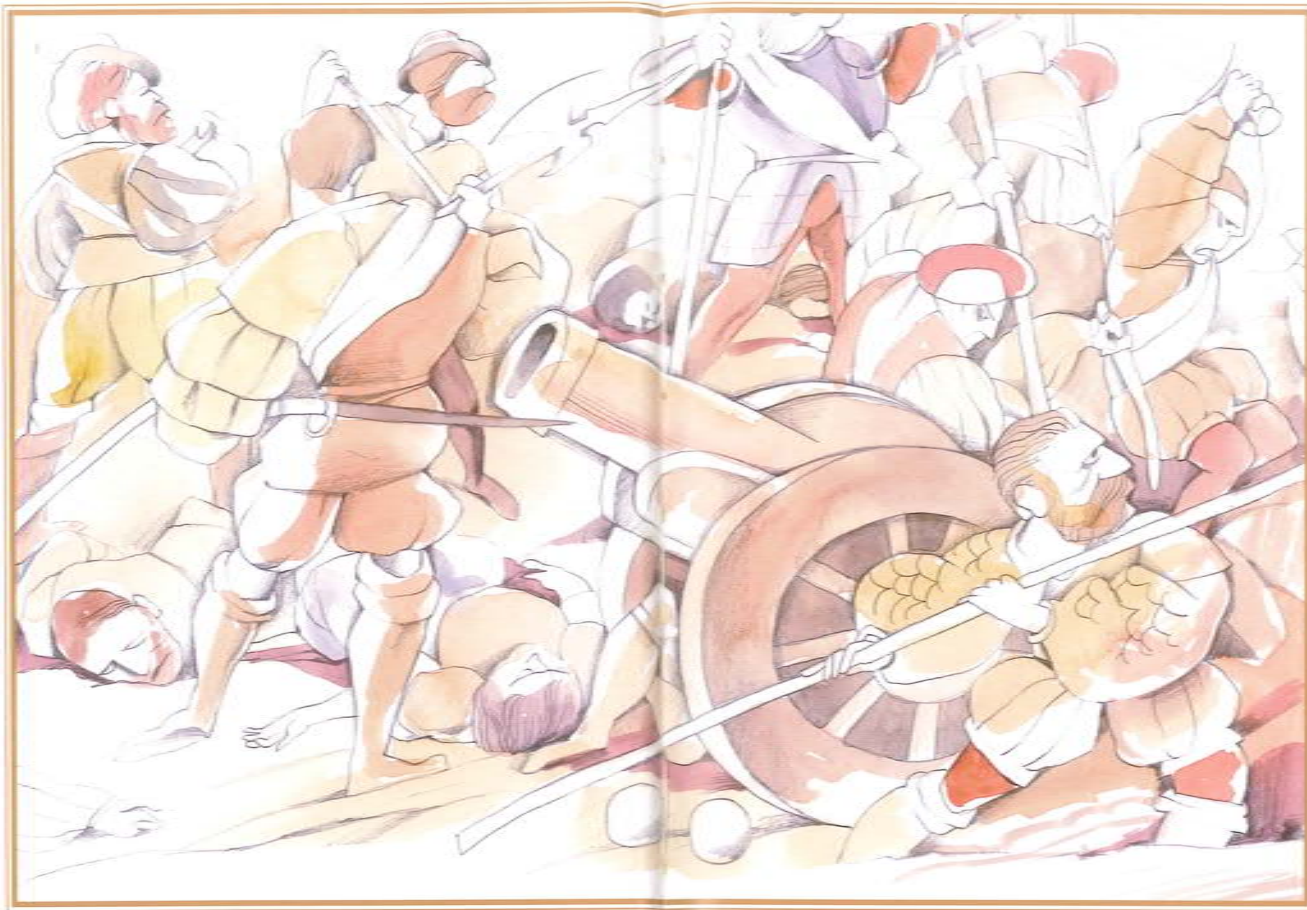


Germana de Foix y Juan de Aragón

El papa Julio II seguía organizando unos líos morrocotudos. Se le había metido en la cabeza que los franceses habían sido los más beneficiados por la victoria de la Liga de Cambrai y decidió hacer las paces con Venecia, formar la Liga Santísima y echarlos de Italia a patadas. Juró que no se afeitaría hasta que no lo consiguiera. Llamó otra vez a su amigo Fernando y juntos derrotaron a los franceses en la batalla de Rávena.

Entonces, a Luis XII no se le ocurrió otra cosa que convocar un concilio en Pisa para obligar a Julio II a dejar de ser papa.

El papa Julio se puso como una fiera, excomulgó a todos los que habían participado en el concilio y convocó otro en Letrán para acabar con semejante cisma.



Como Navarra había apoyado a Luis XII en Pisa, el Papa excomulgó a sus reyes y encargó a Fernando que ocupara su territorio por la fuerza.

Fernando aceptó encantado. Había heredado de su padre la manía de querer ser rey de Navarra. Ya lo pensaba al casarse con Germana, que era familia de los reyes navarros, y por fin había llegado su oportunidad.

El duque de Alba conquistó Pamplona en tres días. Tudela se resistió un poco más. Juan de Albret intentó la reconquista sin conseguirlo.

Fernando debía decidir si había conquistado Navarra como rey de Aragón o como rey de Castilla. Decidió que como lo segundo y nombró un virrey castellano que la gobernara.



En Italia se había reanudado la guerra con Francia. Los españoles, después de arrasar todas las huertas y jardines venecianos, fueron derrotados por Francisco I en la batalla de Marignano. La juventud venía pisando fuerte.

Fernando, sin embargo, seguía en su prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna: «...nunca la Corona de España estuvo tan acrecentada ni tan grande como ahora, así en Poniente como en Levante, y todo, después de Dios, por mi obra y mi trabajo», decía. Los artistas le retrataban como a un emperador romano.

Lo único que le agobiaba era que, tras la muerte de sus dos hijos varones, heredase el trono su nieto Carlos, ya que su favorito era su nieto Fernando.



El rey, que nunca se daba por vencido, intentaba tener otro hijo a toda costa. Como ya estaba muy mayor, su mujercita le preparaba guisotes de criadillas para que se pusiera como un toro. Pero, mira por dónde, cada vez se iba quedando más flojico.

Camino del monasterio de Guadalupe, se sintió tan mal que tuvieron que hacer una parada urgente en Madrigalejo.

Fernando recordaba con aprensión que una gitana le había anunciado que moriría en Madrigal. Pero otra le había dicho que viviría para conquistar Jerusalén. Y en esas estaba el hombre, que si me muero que si no me muero, cuando, en la madrugada del 23 de enero de 1516, murió, como un santo varón, después de pedir que lo enterraran en Granada.



Tras la muerte de Fernando, se hizo cargo de la regencia de Castilla el cardenal Cisneros y de la regencia de Aragón, Alfonso de Aragón, hijo de Fernando y arzobispo de Zaragoza.

Carlos I llegó a España para ocupar el trono y Cisneros, mira por dónde, murió de un resfriado. Los rebeldes Comuneros de Castilla murieron ajusticiados.

La reina Juana, madre de Carlos, siguió encerrada en el castillo de Tordesillas hasta su muerte, a los setenta y seis años.

Juana la Beltraneja también murió, a los sesenta y ocho, encerrada en el convento de las Clarisas de Coimbra.

Germana de Foix guardó tres años de luto, se puso como un tonel y volvió a casarse dos veces.



Cronología

- 1452. Nace Fernando el Católico.
- 1454. Enrique IV, rey de Castilla.
- 1458. Juan II, rey de Aragón.
- 1462. Nace la hija de Enrique IV, Juana la Beltraneja. Guerra civil en Cataluña.
- 1469. Boda de Isabel y Fernando.
- 1474. Isabel la Católica, reina de Castilla.
- 1478. Creación de la Inquisición. Nace el príncipe Juan, heredero de los Reyes Católicos.
- 1479. Fernando el Católico, rey de Aragón. Tratado de Alcaçovas.
- 1481. Comienza la guerra de Granada.
- 1486. Toma de Málaga.
- 1492. Toma de Granada. Expulsión de los judíos. Colón descubre América. Se publica la Gramática de Nebrija. Atentado contra Fernando el Católico.
- 1493. Tratado de Barcelona.
- 1494. Alejandro VI concede a Isabel y Fernando el título de Reyes Católicos. Tratado de Tordesillas entre España y Portugal.
- 1496. Boda de Juana la Loca, hija de los Reyes Católicos, con Felipe el Hermoso.
- 1497. Boda del príncipe Juan, heredero de los Reyes Católicos, con Margarita de Borgoña. Muerte del príncipe Juan.
- 1499. Revuelta del Albaicín de Granada.
- 1500. Nace Carlos de Gante, futuro Carlos I.
- 1503. Batallas de Ceriñola y Garellano.
- 1504. Muerte de Isabel la Católica.
- 1505. Boda de Fernando el Católico con Germana de Foix.
- 1506. Muere Felipe el Hermoso.
- 1509. Toma de Orán.
- 1512. Anexión de Navarra a Castilla.
- 1515. Batalla de Mariñano.
- 1516. Muere Fernando el Católico. Carlos I, rey de Castilla y Aragón.

Este librito se terminó de imprimir, mira por dónde,
el 23 de enero de 2005, festividad de San Ildefonso
y 489 aniversario de la muerte de Fernando el Católico.



xordiqueta



iberCaja

Obra Social y Cultural